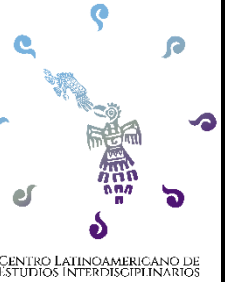




**OBSERVATORIO DE LITERATURA HISPANOAMERICANA
CENTRO LATINOAMERICANO DE ESTUDIOS INTERDISCIPLINARIOS**



BRIZNA LITERARIA 003

**LA MEMORIA SOCIAL Y LOS FEMINICIDIOS EN
*CHICAS MUERTAS DE SELVA ALMADA***

NAYELI REYES ROMERO

nayelial.unam@gmail.com

24 de abril de 2020

*A cada minuto, de cada semana
nos roban amigas, nos matan hermanas
destrozan sus cuerpos, los desaparecen
no olvide sus nombres, por favor, señor presidente.*

CANCIÓN SIN MIEDO

El pueblo argentino padeció durante su último régimen dictatorial la desaparición de, al menos, 30'000 personas; la entrega de bebés de padres "comunistas" a familias simpatizantes al régimen; persecuciones políticas; torturas; asesinatos; secuestros; campos de concentración y más. Ante un panorama así el regreso de un estado democrático parecía algo lejano; sin embargo, cuando se retornó a la democracia tuvieron que aplicarse políticas de la memoria, políticas de reparación, políticas de no repetición, así como las de punto final. En ellas, se trató de evidenciar que el Proceso de Reorganización Nacional había quedado en el pasado y que desde la democracia por

fin se podía acceder a la justicia garantizando así que ninguno de los crímenes cometidos quedaría impune.

En este caso, la literatura, por ejemplo, ha sido fundamental para recordar aquel pasado a sus lectores y evitar así el olvido de uno de los periodos más crueles de la historia argentina. Entre esta producción destaca la escrita en pleno siglo XXI, principalmente la de la nueva narrativa argentina. Esta literatura ha hecho énfasis en temáticas que parecían superfluas después de las transiciones dictatoriales, tales como la normalización del olvido, el peligro que supone la memoria, así como la interiorización y normalización de la violencia. Así, la creación de esta literatura ha insistido en el tema del rescate y la reapropiación de la memoria, pero ya no desde la violencia visible y directa de los regímenes dictatoriales, sino desde la perspectiva de

aquellos personajes secundarios,¹ de aquellos que no fueron víctimas directas de esa violencia sistemática y estructural ejercida por el Estado, motivo por el que se narra aquello que había sido invisibilizado o naturalizado por la sociedad en sí. Asimismo, en gran parte de esta literatura se cuestiona la importancia de intentar cerrar ciclos, trata de hallar respuestas a aquello que se ha silenciado o que conscientemente se ha intentado olvidar, pues se ha preocupado por exponer aquello que anteriormente se había negado. De modo que, estamos frente a una literatura preocupada no solo por la historia, por la memoria individual, colectiva y social, sino que también demanda y exige justicia social.

Bajo este contexto, la obra de Selva Almada, *Chicas muertas*, se suscribe a esta imperante necesidad por hacer memoria, por mostrar y evidenciar el horror de la violencia que han sufrido las mujeres en

Argentina desde la transición democrática —tal y como sucede en el resto del continente—; al tiempo de cuestionar reiteradamente lo que implica hablar de *normalidad* cuando existen tantas personas desaparecidas y asesinadas en gobiernos democráticos. Motivo por el que en *Chicas muertas* se exponen y denuncian la violencia de género y los feminicidios en una sociedad que, idealmente, no debería ser así de violenta en contra uno de los sectores que la conforman.

En la obra, nuestra protagonista observa cómo desde que regresa la democracia al país sudamericano se manifiesta la violencia que viven las mujeres, tal y como se narra en el caso de María Luisa Quevedo: “Ese domingo, en Buenos Aires, a 1107 kilómetros, a esa hora recién apagaban los ecos de las fiestas populares por la asunción de Raúl Alfonsín, el primer presidente constitucional de los argentinos después

1 Alejandro Zambra en su novela *Formas de volver a casa* alude reiteradamente a la noción de lo que implica un personaje secundario, por ejemplo: “mientras los adultos mataban o eran muertos, nosotros hacíamos dibujos en un rincón. Mientras el país se caía a pedazos, nosotros aprendíamos hablar, a caminar... Mientras la novela sucedía, nosotros jugábamos a escondernos, a desaparecer”

(Anagrama: Barcelona, 2011, p. 122). Bajo esta noción, los personajes secundarios son aquellos, los hijos de esos periodos dictatoriales, los cuales fueron marginados, pasaron de ser los actores principales en sus propios relatos de vida para convertirse en los personajes secundarios, pues los protagonistas de estos relatos fueron la generación de sus padres, de las víctimas directas.

de siete años de dictadura [...] Mientras todos celebraban, los Quevedo seguían buscando a María Luisa”.² Aquí nuestra narradora nos cuenta del caso de María Luisa, el cual destaca principalmente porque si bien, durante el último régimen: la violencia político sexual, la tortura, la desaparición, el secuestro y los asesinatos en contra de las mujeres eran parte de la maquinaria del terrorismo de estado argentino; resulta todavía más alarmante que en un estado que acaba de regresar a la senda democrática: la violencia sexual, la tortura, la desaparición, el secuestro y los asesinatos se sigan llevándose a cabo en contra de las mujeres.

Asimismo, en *Chicas muertas* se hace énfasis en la violencia y la interiorización de ésta por parte de la sociedad argentina; al tiempo que reflexiona en torno a la memoria de las mujeres que ya no están y cómo es que se puede concientizar sobre la impunidad existente respecto a sus crímenes. Por estos motivos, me enfocaré en cómo la protagonista del texto al recordar la historia de cada mujer ausente emplea a la memoria como una

herramienta de combate contra la impunidad instaurada por el sistema patriarcal imperante.

FEMINICIDIO: EL NO RECONOCIMIENTO DE LA VIDA Y EL NO DERECHO A SER LLORADA

La importancia de este texto de Selva Almada radica en el abordaje de: los *femicidios* o *femicidios*, así como la negación y la indiferencia políticas, jurídicas y sociales de estos crímenes como lógicas de represión por parte del sistema y del Estado dominantes en contra, principalmente, de los cuerpos femeninos, tal y como se señala en el epígrafe de la novela “esa mujer, ¿por qué grita? / *andá a saber* / *mirá que flores bonitas* / ¿por qué grita? / *jacintos margaritas* / ¿por qué? / *¿por qué qué?* / ¿por qué grita esa mujer?”³ La negación del sufrimiento que padecen los cuerpos femeninos es constante; sin embargo, resulta mayormente preocupante que, pese a la exigencia de respuestas, se intente evadir el llamado. Y eso es lo que evidencia Almada en su relato: el abuso y el desprecio, así como la indiferencia son factores que dentro de la

² Selva Almada, *Chicas muertas*, Random House: Ciudad de México, 2015, pp. 33-35.

³ *Ibidem*, p. 7.

lógica patriarcal y machista justifican la violencia en contra de las féminas, pues como lo señala nuestra protagonista: “[n]o sabía que a una mujer podían matarla por el solo hecho de ser mujer, pero había escuchado historias que, con el tiempo, fui hilvanando. Anécdotas que no habían terminado en la muerte de la mujer, pero que sí habían hecho de ella objeto de misoginia, del abuso, del desprecio”.⁴

En este sentido, tal y como lo señala Judith Butler, las mujeres no solo deben padecer una violencia machista, sino que también deben soportar una determinación estatal que las distingue “entre [las] vidas merecedoras de vivirse y [las] vidas merecedoras de destruirse; el mismo razonamiento que apoya cierto tipo de esfuerzo bélico para distinguir entre vidas valiosas y merecedoras de duelo, por una parte, y vidas devaluadas y no merecedoras del duelo por otra”.⁵ Es decir, para que ocurra esta clasificación entre qué vida sí vale la pena ser llorada y cuál no, Butler menciona que esto se debe a la importancia que tiene la precariedad,

pues ésta “tiene que ser captada no simplemente como un rasgo de *esta o esa* vida, sino como una condición generalizada cuya generalidad solo puede ser *negada negando* precisamente la precariedad como tal”.⁶ Así, la precariedad y la negación de las que habla Butler se exponen en el texto principalmente en los casos donde las mujeres violentadas aparecían en las zonas periféricas del centro de Buenos Aires, pues al hacerlo, sus cuerpos y sus vidas también se convertían en algo que debía ser destruido por ser mujeres, tal y como ocurrió en el caso de María Luisa Quevedo:

Ni testigos ni investigación policial pudieron determinar nunca qué pasó ni dónde estuvo la chica entre las tres de la tarde que salió de su trabajo y el 8 de diciembre de 1983, y la mañana del domingo 11 cuando hallaron su cadáver [...] Alguien [...] denunciaba que había un cuerpo en un baldío entre las calles 51 y 28, en la periferia de la ciudad. De estos terrenos, ahora abandonados, en una época se había extraído tierra para

4 *Ibidem*, p. 20.

5 Judith Butler, *Marcos de guerra. Las vidas lloradas*, Paidós: Ciudad de México / Madrid, 2010, p. 42.

6 *Idem*. Cursivas mías.

fabricar ladrillos y había quedado una excavación de poca profundidad [...] En esta repesita con poca agua, abandonaron el cuerpo de la chica. La habían ahorcado con el mismo cinto de cuero que se había puesto la mañana que salió de su casa al trabajo.⁷

En este sentido, las víctimas aparecen determinadas como vidas que no merecían ser lloradas por no ser reconocidas socialmente como vidas; por lo que, al no reconocer este tipo de vidas como tales: son destruidas, y, por ende, carecen del derecho al duelo y a la justicia social en un sistema que determina no solo quién vive y quién muere, sino que además establece quién sí merece justicia y quién no.

Por su parte, Rita Segato señala que la violencia que padecen los cuerpos femeninos se asemeja al del exterminio, y aunque anteriormente “el cuerpo de las mujeres, *qua* territorio, acompañó el destino de las conquistas y anexiones de las comarcas enemigas, inseminadas por la violación de los ejércitos de ocupación.

Hoy, ese destino ha cambiado por razones que tenemos pendiente examinar: su destrucción con exceso de crueldad [...] su tortura hasta la muerte”.⁸ Segato insiste en que se evidencie y tipifique legalmente el hecho de que a la mujer se le ataca por una cuestión de género sin que necesariamente el crimen se ejecute en medio de un contexto propiamente de belicoso o de conflicto interno, pues estos crímenes se siguen efectuando en medio de periodos democráticos y pacíficos. Motivo por el que nuestra protagonista expone, cómo sin importar si es en dictadura o en plena democracia: la violencia en contra de mujer sigue impune y se sigue ejerciendo.

LA ESPECTACULARIZACIÓN DE UN CRIMEN

La narradora de *Chicas muertas* también evidencia cómo los medios de comunicación, por ejemplo, no denuncian los feminicidios o la violencia de género a menos que la víctima en cuestión fuese sumamente ultrajada o cuando el crimen haya sido evidentemente cruel, de lo

⁷ Selva Almada, *op.cit.*, pp. 30-33.

⁸ Rita Segato, “Femigenocidio como crimen en el fuero internacional de los Derechos Humanos” en

La guerra contra las mujeres, Traficantes de sueños: Madrid, 2016, p. 138.

contrario no se convierte en noticia. Continuando con el caso de María Luisa Quevedo, nuestra protagonista apunta lo siguiente:

Al principio, el llamado Caso Quevedo, debió competir con los temas que ocupaban la agenda del flamante gobierno democrático y el interés de los ciudadanos: la apropiación ilegal de bebés y niños en la dictadura, el hallazgo de cadáveres no identificados en el cementerio de Sáenz Peña, las primeras citaciones a jefes militares para que declarasen en causas de secuestros y desaparecidos durante el periodo de 1976-1982.

Pero rápidamente ganó espacio y protagonismo, transformándose en la serie de horror y misterio del verano chaqueño de 1984. Un relato de intrigas, sospechas, pistas falsas y falso testimonio que la gente seguía por los diarios y la radio como si fuera un culebrón o un folletín por entregas.⁹

La información dada sobre este tipo de crímenes tiende a adquirir una intención morbosa y moral, de modo que, se generan juicios de valor como: “eso le pasó por vestirse así”, “seguro ella lo provocó”, “una mujer decente no tiene por qué salir de su casa”, etcétera. Por lo que la intención de malversar la información de estos crímenes es para seguir justificando la agresión hacia los cuerpos femeninos, generando un discurso de culpa constante en contra de las víctimas, pero no en contra de los agresores y menos en contra de las prácticas y costumbres machistas que se han interiorizado en las sociedades latinoamericanas, por ejemplo.

Incluso, la novela hace hincapié en cómo las sociedades actuales han interiorizado tan profundamente prácticas del sistema patriarcal, consumista y capitalista; motivos por los que estas sociedades centran su atención en la destrucción o daño a las cosas materiales y no en cómo, a causa de esa violencia estructural y sistemática, los cuerpos humanos son ultrajados, despojados,

⁹ Selva Almada, *op.cit.*, pp. 265-266.

explotados, desaparecidos y asesinados. Razón por la que, cuando una aparece alguna nota sobre un crimen se espectaculariza la brutalidad de éste, al tiempo que, si la víctima es una mujer, se generará un discurso de dominación en el que la víctima siempre tenga la culpa y sienta vergüenza por lo que le sucedió: generándose así una cultura del silencio y del temor entre las mujeres, principalmente.

LA MEMORIA SOCIAL COMO COMBATE AL OLVIDO

Ante este panorama, nuestra protagonista trata de reconstruir distintos fragmentos de la vida de las víctimas, pues así, ella se convierte en vocera de esa denuncia social, pero desde una perspectiva de testigo secundario. Es decir, ella narra desde la experiencia de su investigación, desde su conocimiento diario, incluso, narra desde lo que han vivido otras mujeres cercanas a ella para que pueda compartirlo con otras más. Sin embargo, nuestra narradora no

solo reconstruye los casos de aquellas mujeres que ya no están, sino que trata de tejer su memoria, su recuerdo para evitar que la sociedad las olvide, para impedir que las vuelvan a enterrar en medio de la indiferencia. Asimismo, al contar la vida de las víctimas, trata de evidenciar que en cada caso y en cada familia hacen faltan dos factores importantes: el duelo y la justicia. Así, en *Chicas muertas*, se reconocen simbólicamente a las víctimas y a sus familias para que sean recordadas y lloradas. Incluso, para que, en la literatura puedan tener acceso una especie de duelo que les ha sido negado y arrebatado.

Ante esto, nuestra protagonista emplea la memoria social,¹⁰ la cual entenderemos como las diferentes formas en las que se registra la memoria como: “huellas corporales de la violencia, los testimonios de los sobrevivientes, los expedientes judiciales, los conocimientos históricos, la creación artística, literaria y audiovisual y, si es posible, el testimonio de los victimarios”:¹¹ para denunciar todos

¹⁰ Al hablar de memoria social, aludo a la propuesta teórica de Xabier Etxeberria en su texto *La construcción de la memoria social: el lugar de las víctimas*, Museo de la Memoria y los Derechos Humanos: Santiago, 2013, (Colección Signos de la Memoria).

¹¹ Xabier Etxeberria, *La construcción de la memoria social: el lugar de las víctimas*, Museo de la Memoria y los Derechos Humanos: Santiago, 2013, p. 17.

los crímenes que han quedado impunes. Por lo que, nuestra protagonista al recurrir a diferentes fuentes para ampliar la información en sus relatos, ella también se convierte en parte de esa memoria social porque en ésta “se incluyen recuerdos de los recuerdos de otros, [...] recuerdos, pues en un segundo nivel. Presupone una acogida empático-solidaria de las víctimas que hace afectiva la afirmación ‘tu memoria es mía’. Para que esto sea posible se precisa mediar la objetivación de las memorias subjetivas de lo vivido, pues únicamente así pueden compartirse”.¹²

Al tiempo que nuestra protagonista recopila los recuerdos de los familiares, de los testigos, los testimonios; también lo hace desde sus recuerdos de infancia, por lo que comprende que la violencia contra las mujeres ha sido reiterada:

Me crié escuchando a las mujeres grandes comentar escenas así en voz baja, como si las avergonzara la situación de la pobre desgraciada o como si ellas también le temieran al golpeador. Mi madre hablaba de estas historias en voz alta y con indignación y siempre era la

compañera de chisme de turno la que le hacía señas para que hablara más bajo, la que nos señalaba a los niños diciendo: ‘cuidado, que hay ropa tendida...’ como si hablar de eso fuera mala palabra o, peor, les diera un pudor inmanejable.¹³

La memoria social planteada en *Chicas muertas* funciona como concientizadora de los casos de agresión directos o indirectos que sufren las mujeres y cómo es que el comportamiento de la sociedad es el que ha permitido el auge de ese tipo de ataques. Por ello, el que las historias de estas mujeres se recreen ya no solo será a través de una misma fuente o de una misma voz, sino mediante ese *college* de recuerdos que permite la ampliación del panorama de violencia que pueden padecer otras mujeres, al tiempo de exponer los diferentes tipos de escenarios en los que fueron reprimidas.

El empleo de la memoria por parte de nuestra protagonista no solo radica en contar la historia de otras mujeres y evidenciarlas, sino también en denunciar la impunidad en la que se quedan los

¹² *Ibdiem*, p. 20.

¹³ Selva Almada, *op.cit.*, p. 89.

distintos casos. La falta de justicia por parte de las autoridades correspondientes también es uno de los factores que propaga el que se sigan llevando a cabo los feminicidios, y cada vez de maneras más crueles, justo como se relata en el caso de Alejandra Martínez: “una chica de diecisiete años que desapareció una madrugada de 1998, a la salida de un boliche, y apareció un mes después, muerta. Su cuerpo fue abandonado en Colonia Belgrano, a 10 kilómetros de Chajarí, en un predio rodeado de eucaliptos, medio oculto debajo de un montón de troncos. [...] Estaba semidesnuda y en avanzado estado de descomposición, le habían cortado los pezones y extirpado la vagina y el útero, y la yema de la mayoría de los dedos”.¹⁴ Sin embargo, ante la brutalidad del caso, nuestra protagonista nos expone que a pesar de la exigencia de justicia, su asesinato quedó impune porque el agresor era otra persona, de modo que la corrupción también en uno de los eslabones de la injusticia: “en el asesinato de Alejandra Martínez estaba metido el

hijo de un cirujano famoso, que el padre se habría encargado de vaciarla, aunque no sabe con qué objeto, si para tapar una violación, para borrar pruebas o qué. También que la habían tenido metida en un freezer varios días hasta tirarla ahí en el descampado, la habían tenido freezada mientras resolvían qué hacer”.¹⁵

Y aunque la justicia no sea un tema que aparezca en la novela, sí se observa la necesidad de seguir buscándola, de seguir indagando sobre esos cuerpos que faltan, de seguir contando lo que han vivido las mujeres por el simple hecho de ser mujeres, así como los casos de cada una de las víctimas de los feminicidios. Pues contando lo que pasa, es que se podría alcanzar, quizás, alguna justicia. Al menos, al relatar y difundir la información se contrarrestar ese olvido, esa negación que impera en cada uno de los casos; de ahí que la memoria social se vuelva fundamental, pues de este modo se continúa visibilizando aquello que se ha dado por sentado, al tiempo de cuestionar las prácticas sociales de hombres y mujeres en torno a esta problemática.

¹⁴ *Ibidem*, p. 107-108.

¹⁵ *Ibidem*, p. 109.

Por su parte, Etxeberria sostiene que la función de la memoria social no solo radica en recordar, sino que ésta debe “ligarse con la justicia hacia la[s] víctima[s] [...] Una memoria así alimenta acciones en el presente orientadas también al futuro, mostrando que el deber memorial no se agota en el mero recuerdo, porque esto es lo llamado a permanecer cuando la violencia, en sus formas más crudas, pasa. No meramente el recordar, sino ese recordar transformador y reconciliador”.¹⁶ De modo que este tipo de memoria también tiene una función social, la cual buscará el reparo a cada una de las víctimas. Tal vez, lo primero que debería reconocerse es la ausencia de cada una de las víctimas y reconocer mundialmente la ineficiencia por parte de los diferentes gobiernos, organismos e instituciones en el combate contra la violencia de género y con ello de los feminicidios, solo quizás así se pueda reparar a las familias y las víctimas directamente.

¹⁶ Xabier Etxeberria, *op.cit.*, p. 56.

¹⁷ Parafraseo la cita: “La literatura no cambia el mundo, pero cambia a la gente. La escritura no detiene las guerras, pero despierta conciencias,

REFLEXIONES FINALES

La literatura no es capaz de cambiar el mundo directamente; sin embargo, desde su función social tiene un accionar distinto: transformar y radicalizar el pensamiento, despertar conciencias y denunciar la destrucción humana.¹⁷ Por ende, el que la protagonista de *Chicas muertas* reconstruya las historias de cada una de las víctimas y rememore el antes y el después de haber sido atacadas es una forma de apelar al lector: al mostrar en cada uno de los relatos la impunidad que han vivido miles de víctimas en el mundo. Asimismo, este texto nos interpela sobre los crímenes cometidos en contra de las mujeres por el hecho de ser mujeres. Es aquí donde adquiere importancia el nombrar algo, pues implica necesariamente un reconocimiento, por lo que, si estos delitos no se visibilizan y no se nombran como lo que son: anularíamos nuevamente su gravedad, y con ello, a cada una de las víctimas, a cada una de las mujeres que nos han arrebatado.

radicaliza, transforma” (Lucía Pi Cholula, “Una mujer de negro”, *Revista de la Universidad*, diciembre de 2018, p. 134).

Por ello, la escritura, la documentación de los casos, los recuerdos, la historia de vida y la memoria social se convierten en formas de combatir ese olvido, de contradecir ese negacionismo en torno a esta problemática mundial, pues también se convierten en actos políticos. Las ausencias y presencias de los cuerpos en la novela exhortan el despertar de una sociedad que no ha sabido reconocer la vida de los cuerpos femeninos y que esa misma sociedad se ha encargado de ejercer una impunidad en contra de esas vidas que ha decidido destruir.

Finalmente, Selva Almada reivindica el papel político que adquiere la escritura, así como la literatura. De modo que, el arte y particularmente la literatura no se pueden comprender sin una connotación social; por ello nos recuerda que éstos surgen de una preocupación o de un interés que alguien desea visibilizar para que otros vean lo que han ignorado por mucho tiempo. Igualmente, en este texto de Almada no solo observamos empatía, sino también, una imperiosa necesidad de evocar la memoria y clamar justicia por cada una de las víctimas aquí relatadas. Así

la lectura de *Chicas muertas*, también será un acto político, pero también un acto de identificación por todas esas vidas que no han sido reconocidas y por las que todavía nos siguen arrebatando.

BIBLIOGRAFÍA

ALMADA, Selva, *Chicas muertas*, Penguin Random House: México, 2015. Disponible en <<http://www.epet3.edu.ar/pampin2911.pdf>>

BUTLER, Judith, *Marcos de guerra. Las vidas lloradas*, Paidós: Ciudad de México / Madrid, 2010.

CHOLULA, Lucía Pi, “Una mujer de negro”, *Revista de la Universidad*, Ciudad de México, diciembre de 2018, pp. 130-134.

ETXEBERRIA, Xabier, *La construcción de la memoria social: el lugar de las víctimas*, Museo de la Memoria y los Derechos Humanos: Santiago, 2013 (Colección Signos de la Memoria).

SEGATO, Rita, “Femigenocidio como crimen en el fuero internacional de los Derechos Humanos” en *La guerra contra las mujeres*, Traficantes de sueños: Madrid, 2016, pp. 127-152.

ZAMBRA, Alejandro, *Formas de volver a casa*, Anagrama: Barcelona, 2011.

Todo el contenido generado por el OLH y el CELAEI se encuentra protegido por una licencia Creative Commons-Atribución-NoComercial- SinDerivar 4.0 Internacional



BRIZNA LITERARIA es un documento de trabajo generado por el Observatorio de Literatura Hispanoamericana (OLH), programa de investigación especializada adscrito al Centro Latinoamericano de Estudios Interdisciplinarios. Las opiniones expresadas en este documento son responsabilidad exclusiva de sus autores.

Coordinadora general del Observatorio:
NAYELI REYES ROMERO.

Número a cargo de: **NAYELI REYES ROMERO.**